

"UNA CITA CON LA PSICOSIS"
HOMO SAPIENS

31 FOTOCOPIADORA
G. E. H. G. E.
31 F20
F255 M 11

Estructura y Transferencia en el campo de la Psicosis.⁽¹⁾

ISIDORO VEGH

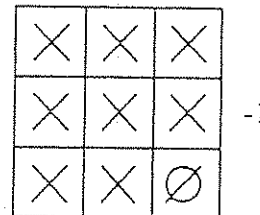
Intentaré en esta Jornada enhebrar ante ustedes lo que reparto en tres tiempos: qué podemos concluir hoy; las tesis que queremos proponerles; las preguntas cuyas respuestas aguardamos para el tiempo que sigue.

Citemos primero a quien está en el eje de nuestras cuestiones, el psicótico, de quien decimos que aunque ausente a la palabra, no está menos inmerso en el lenguaje. Esto decide su estructura que aceptamos compartiendo con otras dos el conjunto al cual nos consagramos: la neurosis y la perversión.

Inmerso en el lenguaje, el aforismo de inicio que Lacan nos propusiera, "el Inconciente está estructurado como un lenguaje", indica lo esencial de su propuesta en la referencia a un conjunto de elementos discretos. -Lacan dirá los significantes, Freud los *Vorstellungsrepräsentanz*-, que se componen en paradigma y en sintagma para determinar el efecto sujeto.

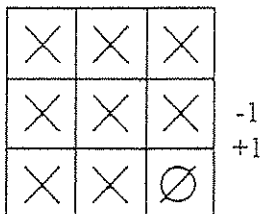
Lenguaje que llega desde el Otro, se nombra lengua materna, arriba al sujeto como un conjunto de casilleros de los cuales al menos uno queda vacío. No es más que un modo de presentar lo que la lógica moderna descubre a partir de las paradojas de Russell como la imposibilidad del conjunto universal, del conjunto que contenga todos los elementos.

Que haya al menos un casillero vacío, como en ese juego infantil del shenku, permite que todos los casilleros puedan alternativamente quedar vacíos, que haya juego. Es así como escribimos la estructura mínima de la neurosis, que la decide como "menos uno".

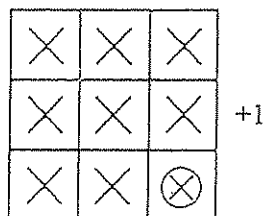


-1

Una estructura semejante sucede en la perversión, con un diferencia: esa ausencia que marca "el menos uno" puede ser renegada en lo Real, función del objeto fetiche que presentifica en lo Real lo que Freud nombraba como el falo ausente de la madre.



La psicosis, estructura que hoy nos interesa, presenta ese conjunto con el casillero vacío también ocupado, al precio de una estratagema: el significante que por estructura inexorablemente está ausente, el Otro lo ocupa con el sujeto puesto ahí como objeto a merced de su goce. Esta estructura la describimos como "más uno".



En los últimos años, Lacan redefine no sólo ésto que podría ser presentado como un modo mínimo de ofrecer el orden simbólico, también su elaboración de lo imaginario. Haciendo una flexión de los trabajos de los últimos años sobre su propuesta primera en el "Estadio del Espejo", retomamos la tesis freudiana que Lacan no dejó de subrayar, que afirma que el Yo es la proyección de una superficie en otra superficie.

El Yo, tal como lo representamos, es la imagen que tenemos de nuestra estructura corporal, tal como ella se ofrece a la mirada del Otro; apenas si aprehendemos lo que somos desde el exterior de nuestra piel. Es raro, salvo en ciertos sueños de angustia con sensación de siniestro, que alguien se presente a sí mismo desde el interior de su cuerpo, como una res colgada en

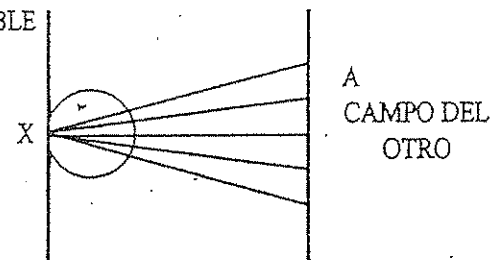
la carnicería.

Esa superficie exterior de nuestro cuerpo, puede topológicamente representarse en su conjunto como una esfera.

Si hacemos la proyección de una esfera sobre una superficie o una recta, cada punto de la esfera puede ser proyectado salvo un punto al cual corresponderá una recta paralela a la superficie ó a la recta.

Ese punto, que reenvía a un punto al infinito, nos servirá para representar al objeto a, no especularizable; la superficie en la cual proyectamos la esfera, es el espejo como campo del Otro.

PUNTO NO
ESPECULARIZABLE



El sujeto encuentra su imagen en el campo del Otro, con la condición de dejar un resto, una cuota de goce fuera del campo del Otro. Este resto permite que el Yo se anude con el registro Real y el orden Simbólico, implica que una cuota de goce pueda substraerse al Ideal que el Otro propone al sujeto.

Diferencia entre el Yo-ideal, tal como el Otro lo propone, y el Ideal del Yo; esa diferencia la representa esa cuota de goce del objeto que no entra en el campo del Otro.

Es desde estas consideraciones instituyentes que habíamos llegado a una nosografía de las psicosis⁽²⁾ que intentaba una lógica de su distribución:

1) Una estructura en la cual esa cubierta imaginaria que llamamos Yo no se constituye, tan sólo un carozo bajo el modo de un deshecho, objeto Real, carozo sin cubierta: es la esquizofrenia.

2) En cambio este mismo carozo logra la restitución de una cubierta imaginaria que se distingue por su fijeza prácticamente inamovible, con la que el sujeto se presenta en el mundo: su personalidad. A tal punto que llegamos a decir que personalidad y paranoia, pues esta es la estructura, coinciden.

3) Una tercera estructura en la cual, si bien hay una restitución imaginaria, en la medida que ella no se produce por una referencia a un ideal del Otro, queda con la labilidad propia de una cubierta sin carozo. No logra constituir el objeto que permite el anclaje de la imagen en el fantasma: es la parafrenia.

Habíamos mencionado otras dos estructuras psicóticas, con diferente afectación, pronóstico y evolución: la melancolía, en la cual lo esencial era "la falta del Otro al que hago falta", dejando al sujeto identificado a la "sombra del objeto" caído del campo del Otro; si en cambio se identifica al Otro al que nada falta, es el tiempo de la manía. Su alternancia puede servirnos para dar la lógica de los cuadros mixtos.

Por último habíamos planteado el desbarranco del campo de la neurosis, especialmente la locura histérica, donde destacábamos una forclusión producto de un movimiento regresivo y que nombramos "regresión forcluyente".

A esta nosografía llegamos en nuestro recorrido anterior. Desde ella y con la experiencia que nos siguió interrogando, queremos presentar las tesis que hoy nos ocupan.

Transferencia en las psicosis.

Si recordamos los tableros de inicio con su casillero vacío, vacío pero renegado, o bien lleno, según se escriba la neurosis, la perversión o la psicosis, cada casillero implica un paquete de información, un significante, un *Vorstellungsrepräsentanz* según la teoría que utilicemos. Es la ausencia de una cuota de saber la que inicia la búsqueda del significante ausente; determina al neurótico por la demanda de ese saber que supone razón del sufrimiento que lo aqueja.

El psicótico acude a nosotros de otro modo, no por una demanda de saber del delirio o la alucinación que porta; viene a nosotros por una afectación que siente en lo real de su cuerpo, una angustia que no cede, o para compartir con nosotros en la medida que su confianza lo permite, la convicción de un saber que su delirio le confirma y del cual se siente mensajero.

El analista no llegará, como sucede en la neurosis, a constituir en un tiempo siguiente ese lugar que la suspensión del saber precipita: que Sócrates no ofrezca ese saber que Alcibiades reclama para coronar la serie de las medallas que adornan su frente, hace que avance en el amor de transferencia,

OTOCOM
G. E. H. O. E.
31 F29
SVE

más allá del reclamo, a la búsqueda de ese objeto que supone la fuente de la felicidad.⁽²⁾

Esto en la psicosis no habrá de darse: el analista no sostiene ni le es atribuido el lugar del Sujeto supuesto Saber, ni el sostén de esa agalma que guarda el don de los dioses.

La pregunta retorna: ¿qué es esto de hablar de transferencia en la psicosis?

Hace poco, un analista discípulo de Lacan a quien apreciamos desde hace años, Moustapha Safouan, nos recordaba esta frase: "que la palabra no siempre demande interpretación, no excluye que llame a una respuesta".

¿Qué respuesta es la que demanda la palabra de un psicótico? ¿A quién la dirige? ¿Desde dónde se formula?

Acudiremos en nuestra ayuda a un texto de los comienzos de la obra freudiana, "Proyecto para una psicología científica"⁽³⁾: en su inicio el niño, desde su invalidez, su prematuración, la *Hilflosigkeit*, clama en su grito por la ayuda del otro, al cual Freud no nombra como la madre, sino como el prójimo: "Nebenmensch".

Prójimo en el cual el niño recorre por la semejanza con su cuerpo, una parte que sitúa como propia. También otro en el cual sitúa como estructura unificada algo que le es ajeno. Esta parte que el sujeto desconoce, es la que Freud nombra "La Cosa", *Das Ding*.

¿Por qué esta referencia al prójimo en un tiempo primordial, tiempo instituyente? Es un modo de recordar que hay algo en la transferencia de la psicosis que reenvía a una operación instituyente que implica que el otro sostiene lo semejante.

Permítanme ahora que avance por otro desvío, en una referencia que en la historia se sitúa un tiempo antes.

Los invito al texto de Platón "Lisis" ó "Tratado de la amistad"⁽⁴⁾. ¿Por qué esta referencia? Es que hay otra en la cual el psicótico no nos acompaña: si quisiéramos avanzar en la última tesis de Lacan en relación a la transferencia, cuando introduce que no sólo es amor, sino una conjunción de amor y odio, que en francés nombra con el neologismo *hainemoration*: cuando el sujeto de la neurosis avanza desde la atribución de un saber al Otro, hasta un tiempo, en el cual el Otro puede ser descompletado por la función propiciatoria del odio. -es el odio que permite leer un texto desmenuzando sus partes, interrogando sus afirmaciones, cuestionando su tesis-, advertimos que es el resorte de eficacia del que carece la cura en la psicosis.

Vamos pues con Sócrates al encuentro de sus jóvenes oyentes, entre ellos Lisis, a quienes avanza esta pregunta: ¿"qué es la amistad"?, nosotros

podríamos añadir ¿en qué se diferencia del amor?

Sócrates comienza preguntando si la amistad no será que lo semejante busca lo semejante. Los jóvenes oyentes consienten que sería imposible si no hubiera algo que compartieran entre ellos. Sin embargo, Sócrates se ve obligado a dejar esta tesis cuando recuerda lo que está en la base de su posición: el sujeto no busca sino aquello que le falta, la falta instituye el deseo.

Sócrates pregunta: ¿qué es eso que se busca en la amistad? No habrá de ser un objeto de conveniencia, ya que la ética que sostiene excluye razones de conveniencia que sostengan el amor o la amistad.

Sin embargo, algún objeto habrá de estar en juego, que brinde la satisfacción que sustenta la razón de la amistad.

Su texto da vueltas, gira en redondo: si no es lo semejante ¿será lo contrario?; pero es imposible que alguien desde la bondad busque la amistad con lo malo; en definitiva reconoce la insuficiencia de su elucubración, se da transitoriamente por vencido.

No es esa nuestra conclusión, más bien que en la conjunción de las tesis que allí se despliegan podría avanzar nuestra respuesta.

En la amistad hay algo de lo semejante, como en la transferencia, cuando el analista y el paciente psicótico participan del mismo juego, comparten las mismas reglas.

Si en la neurosis el analista juega a que juega hasta el tiempo en que muestra el juego en que está participando y hace presente la cuota de horror, cuando el sujeto advierte lo Real que lo habita, no es ese el modo en que opera en la psicosis: el analista juega en la escena con el psicótico, participa del juego como se participa en el juego de la amistad.

Supone en pliegue a los ideales del Otro, comparte el abanico de esos ideales, aceptando que es el psicótico el que lo guía.

Pero con Sócrates aceptamos que no es suficiente, ¿cuál es la satisfacción, la cuota de goce en juego para que el psicótico acuda, con entusiasmo a la cita?: el juego se sostiene si el analista, como en el lazo de la amistad, acepta que el psicótico encuentre el objeto de su goce más allá de su cuerpo.

A diferencia del amor, la amistad suspende el encuentro del objeto en el cuerpo del Otro, para hallarlo más allá de su ser. Es así como se juega la transferencia en la psicosis.

Lo semejante: el analista comparte los ideales del psicótico, se pliega a ellos para permitir que el sujeto de la psicosis avance hasta el encuentro del objeto de su goce, más allá del cuerpo del analista.

¿Cuál es entonces la función del analista?: propiciar que ese goce que el psicótico busca más allá de su cuerpo, tenga algún cauce en lo que

llamamos en metáfora consagrada, el cuerpo social. Es en el Otro real del cuerpo social, donde el analista propicia que ese goce se conjugue con el anhelo del sujeto.

Transferencia que apunta como en cualquier cura a que el sujeto se sitúe en relación al Otro para avanzar en el camino de su deseo.

Pues a ello nos conduce esa misteriosa afirmación de Lacan: "en la psicosis también hay sujeto". Si efectivamente en la psicosis también hay sujeto, no está sujeto del mismo modo que en la neurosis. Para que pueda ser homologado el concepto de sujeto para un campo y para el otro, debemos recurrir a una definición más amplia: nombramos efecto sujeto a aquél que responde a la palabra del Otro. Que responde, vale en el doble sentido de una respuesta a la demanda del Otro, también de una respuesta que difiere, interroga, cuestiona, propone su alternativa a esa palabra.

Resumiendo, el analista como el amigo acude a la cita para que el juego prosiga más allá del encuentro.

Diferencia con el amor, aún con el amor de transferencia, el analista acepta que el paciente no encuentre el objeto en su cuerpo. El analista no sostiene el cuerpo del Otro en el cual Alcibiades busca la agalma. En cambio propicia que más allá de su cuerpo, en el cuerpo Real del Otro social, el psicótico haga su juego.

De aquí en más, el tercer tiempo de esta propuesta, las cuestiones a seguir, su dispersión indica que ellas no hacen sistema, son más bien las que va recogiendo nuestra cita cotidiana con lo que los psicóticos nos enseñan.

Desde Lol V. Stein, el texto clásico de Marguerite Duras⁽⁶⁾ a partir de la lectura que de él hiciera Lacan, preguntamos: si para Lol V. Stein, Tatiana, su amiga, un semejante, permitió que anidara en ella, en sus cabellos negros, ese objeto a en tanto mirada del cual Lol V. Stein carecía, que a partir de ese instante ella pudiera ofrecerse a la mirada de un hombre, hacerse ver, ¿no cabría extender esa solución que el relato nos propone allí donde el parafrénico no consigue constituir su fantasma? ¿Propiciar que alguien en lo Real, un semejante, sostenga esa función del objeto de la cual carece?

¿No implicará esto la indicación adecuada de ciertas experiencias grupales, tratamientos en grupo, trabajos en taller, donde los demás integrantes, también podría ser en su comienzo quien los coordina, sostengan y aún desde su goce, la función de ese objeto del cual el paciente carece?

Otra cuestión: si aceptamos que ciertas experiencias de ritmo, de espacio y de tiempo, no son meras oscilaciones orgánicas, que ellas se instauran, como en el ejemplo clásico del Ford Da, en la posibilidad de alternar una presencia y un vacío, ¿no será ese un modo primero, de introducción en lo Real

consagrarse como de una falta simbólica?

¿No serán estas variaciones de ritmo, las que hacen tan adecuadas ciertas experiencias de música y otras que siguen ese paradigma en el tratamiento de la esquizofrenia?

Otra cuestión: si en la psicosis hay una pérdida del registro de lo imaginario, ¿no podríamos pensar que ciertos cubrimientos míticos propuestos desde lo Real, podrían propiciar esa cubierta ausente en la forma de cuentos que pueden encontrarse en los relatos cotidianos de los diarios o las revistas, o bien en el modo de puestas en escena, experiencias de psicodrama, en la que los mismos pacientes o bien quienes coordinan el lugar podrían proponer el libreto, no para ser interpretado sino para armar la escena?

En fin, invito a cada uno de ustedes a un ejercicio, que también me propongo desde una pregunta: ¿qué sostiene a cada uno de nosotros en la especificidad de su práctica social, aún más, qué sostiene a cada una de esas prácticas sociales en referencia, a lo que, siguiendo la propuesta socrática, sólo podría prolongar su realización si obtuviera allí una cuota de satisfacción, una cuota de goce? En definitiva, ¿cuál es la forma de goce que requiere, en cada una de las múltiples prácticas sociales, a cada uno de sus agentes? Los invito a que lo averiguen. El premio: la respuesta propiciaría nuestra sensibilidad a los caminos de la creación que el psicótico precisa.

Isidoro Vegh

Notas:

- 1- Presentado en las Jornadas del Hospital Belgrano el 14 de Diciembre de 1991.
- 2- Vegh, Isidoro. "Matices del psicoanálisis". Las psicosis. Pag. 53. Editorial Galma. 1991.
- 3- Platón. Obras completas. "El banquete ó Del amor". Pag. 563. Editorial Aguilar. 1972.
- 4- Freud, Sigmund. Obras completas. "Los orígenes del psicoanálisis". Pag. 412. Editor Santiago Rueda. 1956.
- 5- Platón. Obras completas. "Lisis o de la amistad". Pag. 311. Editorial Aguilar. 1972.
- 6- Duras, Marguerite. "Le ravissement de Lol V. Stein". Editions Gallimard. 1964.

2^a Sección

RECOPIADO

C. E. H. G. E.

51 128

17

17

5